

TEMES

Juan Mañé y Flaquer y el Primer Congreso de Malinas

Manuel Carrillo

HISTORIADOR

El Congreso de Malinas constituye una muestra de la difícil inserción del catolicismo en la sociedad nacida de la revolución liberal. En una valoración de conjunto, Mañé lo definió como «*un panegírico del catolicismo y un himno a la libertad*». ¹ Si bien ésta es su esencia y el objetivo buscado por el comité organizador, y en este sentido enlaza con el grupo de católicos liberales franceses en su intención de conciliar la religión con la libertad, no dejan de aflorar en su transcurso tensiones entre un liberalismo calificado de racionalista o volteriano y un catolicismo *Ancien Régime*, y con el telón de fondo de una Santa Sede comprometida con los regímenes legitimistas, poco dispuesta, en consecuencia, a admitir de forma absoluta el principio de libertad en su seno.

No es ajeno el Congreso a los avatares de la política belga. El acuerdo originario entre sus dos grandes partidos, el liberal y el católico, posibilitó la independencia del Estado, que se dotó de una constitución

¹ Juan MAÑÉ Y FLAQUER, «El Congreso de Malinas», *Diario de Barcelona* (8/IX/1863), pág. 8134-8136.

liberal, y su viabilidad inmediata mediante gobiernos de coalición. Roto aquel acuerdo ambos partidos se disputaron el poder. Desde 1857 gobierna el partido liberal, lo que impulsa a los católicos, en reacción a sus políticas anticlericales, a organizarse corporativamente en defensa de sus reivindicaciones.²

A imitación de las asambleas de católicos que se organizaban en Alemania desde 1848, algunos católicos laicos, notables en la vida pública belga, entre otros el barón de Gerlache, uno de los artífices de la independencia, Adolph Deschamps, jefe del partido católico y, sobre todo, Edouard Ducpetiaux, con el concurso del Cardenal-Arzobispo de Malinas, Monseñor Engelbert Sterckx, pusieron en pie este gran Congreso que, según las invitaciones cursadas, «[...] aspira antes que todo a unir las fuerzas y las voluntades para la defensa y el triunfo de los intereses y de las libertades católicas».³ Con mayor precisión y alcance se expresaba Mr. Deschamps en la invitación que dirigió al conde de Montalembert: «Importa al más alto grado que el resultado sea liberal, y que el programa que salga sea el vuestro: el catolicismo y la libertad.»⁴ La participación del conde de Montalembert, su discurso «La Iglesia libre dentro del Estado libre», leído en las sesiones generales de los días 20 y 21 de agosto, fue el acontecimiento del Congreso.

Las correspondencias que envió Mañé desde Malinas, a donde viajó a cubrir las informaciones del Congreso, permiten atisbar la especial posición del *Diario de Barcelona* en el ámbito del catolicismo y del liberalismo hispanos que, en palabras del director de la publicación, «[...] han acabado de formar la consolidación de nuestros principios de armonizar la libertad con la religión y el orden».⁵

² P. DOUHAIRE, «Des élections du 9 juin en Belgique», *Le Correspondant* (juin 1863), pág. 405-414.

³ Ángel BAS, «La Asamblea de los Católicos en Bélgica», *Diario de Barcelona* (14/VIII/1863), pág. 7331-7333.

⁴ «Cartas de Duchamps a Montalembert de 20 de julio y 3 de agosto», en LECANUET, *Montalembert. L'Église et de Second Empire (1850-1870)*, Paris, 1912, tome III, pág. 347-348.

⁵ Antonio BRUSI Y FERRER, *Diario manuscrito*, Institut Municipal d'Història de Barcelona, Ms. A-341.

Mañé y Flaquer y los católicos liberales franceses

En 1847 Mañé y Flaquer había entrado en la redacción del *Diario de Barcelona*; desde 1849 se convierte en su redactor principal y en 1865 en director de la publicación, cargos que desempeñará hasta su muerte en 1901. Su amistad con el editor propietario, Antonio Brusi y Ferrer, y la identificación de ambos con el *Diario* hicieron posible la conversión de éste en un periódico moderno, el mejor informado de los de Barcelona y una de las primeras publicaciones diarias de España. En comunión siempre con Antonio Brusi, propició la transformación del *Diario* en periódico político en la coyuntura del bienio progresista, y un nuevo relanzamiento de la publicación en 1858, en vísperas del gobierno de la Unión Liberal, en el que se reforzó la redacción política y aumentó el número de corresponsales.

De esta fecha y en el marco de este relanzamiento data la conexión con el grupo de católicos liberales franceses. En 12 de julio de 1858 Mañé escribe al conde de Montalembert, iniciando una correspondencia que sólo acabaría con la muerte de este último en 1870, lo que redundaría en la adscripción del *Diario de Barcelona*, aunque con criterio propio, en los postulados del catolicismo liberal, organizado como corriente intelectual desde 1855 alrededor de la revista *Le Correspondant*.

La refundación de *Le Correspondant* responde a las necesidades de publicidad del grupo de católicos que lideraba el conde de Montalembert, ante la nueva situación creada tras el golpe de estado de Luis Napoleón, que supuso la división del catolicismo francés. *Le Correspondant* se organizó en comité de redacción del que formaban parte su antiguo director M. Lenormant, el conde de Montalembert, A. de Falloux, Augustin Cochin, y el príncipe Albert de Broglie; pronto se incorporó T. Foisset, y colaboraron el P. Lacordaire y el obispo de Orleans Monseñor Dupanloup. La revista, de alto nivel intelectual, tenía carácter básicamente apologético, pero también se constituyó en un órgano de oposición a la política del Emperador. Al frente de los intransigentes, la mayoría del clero francés, partidarios de restaurar la antigua alianza del trono y del altar, se situó un portavoz de talla, *L'Univers* de Louis Veuillot.

Con anterioridad, en 1852, el conde de Montalembert, tras romper definitivamente con la política napoleónica, se había dirigido a los católicos franceses en el folleto *De los intereses católicos en el siglo XIX*, llamado a

tener una amplia resonancia. En él ya desarrolla su célebre fórmula «*la Iglesia libre dentro del Estado libre*», desplegando todo un programa político que en la línea de *L'Avenir*, y apelando a Burke y a Tocqueville, tiene por base la libertad, en singular, que comprende la libertad religiosa, civil, política, de enseñanza, administrativa y la de asociación, que comprende a su vez la de las nacionalidades en sentido descentralizador. En el mismo año de su aparición lo publica el *Diario de Barcelona* en su folletín.

A este documento, base del ideario de *Le Correspondant*, se debe la aproximación del *Diario de Barcelona* a los postulados de los católicos liberales franceses que lideraba el conde de Montalembert. El periódico desde el inicio de la etapa Brusi, 1 de octubre de 1838, se había decantado por la nueva sociedad desde planteamientos moderados, en los que la religión juega un papel fundamental como garante de la moral pública, del orden público en última instancia, que quebrara la revolución. Mañé venía del campo liberal, y como sus maestros, Pau Piferrer y Manuel Milá, realiza el tránsito desde posiciones políticas más o menos radicalizadas a otras más moderadas, en las que la religión se convierte en pilar fundamental de orden. De Antonio Brusi no cabría sino indicar, para afirmar su compromiso con la sociedad moderna, que personifica un cúmulo de intereses de carácter empresarial de los que el *Diario de Barcelona* es sólo su parte más visible. La conciliación que procura Antonio Brusi con la religión queda patente en el discurso que pronunció en la inauguración en Vic del panteón de Balmes en 1853, discurso que publicó en su periódico seguido de dos artículos más. Si el objeto de éstos fue, en su inmediatez, defender a Balmes de las acusaciones que le dirigieran por la muerte de Ferrer y Subirana, el objeto último, y de más amplio alcance, es la reivindicación de su obra en todo lo que contiene de puentes de unión entre el orden antiguo y el nuevo. Los artículos de Antonio Brusi inician, desde Cataluña y desde el *Diario de Barcelona*, la recuperación de la obra de Balmes en sentido liberal.⁶

⁶ Antonio BRUSI Y FERRER, «Inauguración del panteón del Doctor Don Jaime Balmes», *Diario de Barcelona* (3/XI/1853), pág. 7808-7822; «Homenaje que debe Barcelona al Doctor Don Jaime Balmes», *Diario de Barcelona* (6/XI/1853), pág. 7896-7898, y «Carta de D. Antonio Soler, biógrafo de Balmes, y respuesta de D. Antonio Brusi», *Diario de Barcelona* (19/XI/1853), pág. 8240-8243.

Esta conexión exterior con los católicos liberales franceses se ha de entender desde lo que se ha dado en denominar la ausencia de un catolicismo liberal español⁷ o, al menos, su debilidad, y es que la Iglesia española en general no admite los principios de la revolución. Balmes muere en 1848; Donoso Cortés, el otro gran pensador católico, desde los acontecimientos de ese año pasa a posiciones intransigentes, está detrás del gabinete de Bravo Murillo de 1850, y de alguna manera inspira la corriente neocatólica organizada políticamente desde 1855. El episcopado, en su conjunto, carece de la vitalidad intelectual que tuviera en el siglo XVIII y se encuentra anclado en posiciones intransigentes, el caso del obispo de Barcelona Costa y Borrás es, en este sentido, paradigmático.⁸ Y todo ello con el telón de fondo de un estado confesional, y un concordato firmado el 1851, del que se servirá la Iglesia para ir recuperando las posiciones que perdiera en los momentos álgidos de la revolución liberal.

Comprometidos Brusi y Mañé desde una plataforma pública como el *Diario de Barcelona* en conciliar el catolicismo con el liberalismo, buscan en los católicos liberales franceses lo que no se encuentra al sur de los Pirineos, donde el catolicismo está organizado políticamente en lo que empezó a denominarse neocatolicismo ya en los años cincuenta.⁹

El Congreso católico de Malinas de 1863

Desde Bruselas escribe Mañé que a los redactores del *Diario de Barcelona* les cupo la honra de ser invitados, a esta gran Asamblea y a él la tarea de representarles.¹⁰

La reunión del Congreso la anuncia el *Diario de Barcelona* de 14 de agosto en un artículo de su redactor Ángel Bas, «La Asamblea de los católicos en Bélgica», en el que transcribe el texto de la invitación, por el

⁷ J. M. CUENCA TORIBIO, *El catolicismo liberal español: las razones de una ausencia*, Hispania, Madrid, CSIC, 1971, 119, pág. 581-591.

⁸ Casimir MARTÍ, *L'Església de Barcelona (1850-1857). Implantació social i dinàmiques internes*, Barcelona, 1984, 2 vol.

⁹ Begoña URIGÜEN, *Orígenes y evolución de la derecha española: el neocatolicismo*, Madrid, CSIC, 1986.

¹⁰ Juan MAÑÉ I FLAQUER, «Correspondencias particulares del *Diario de Barcelona*. Bruselas, 18 de agosto», *Diario de Barcelona* (23/VIII/1863), pág. 7628-7629.

que se requería el concurso de la publicidad, y el programa a desarrollar, compuesto por cinco secciones de trabajo.¹¹

La misma invitación fue cursada a otras publicaciones; significativamente la revista neocatólica *La Cruz* declinó la invitación.¹² Desde Bruselas (18 de agosto) Mañé se lamentaría de que España en general y Cataluña en particular no estuvieran representadas como pudieran y debieran serlo.¹³

Desde Amélie-les-Bains, donde se encontraba tomando las aguas, inicia Mañé el viaje a Malinas el 14 de agosto, fecha en que firma su primera correspondencia de viaje desde Lión. De paso por París, Bruselas y Malinas, envía a la redacción del *Diario de Barcelona* una serie de once crónicas de las cuales ocho se refieren al Congreso propiamente dicho, y constituyen una muestra de su maestría en el lenguaje periodístico; de forma libre, van entrelazando los aspectos informativos con las tomas de posición subjetivas, sin que falten las descripciones, a veces pintorescas, y las anécdotas, con la intención de captar la atención del lector y sobre todo el espíritu del Congreso.

Éste se inauguró el 18 de agosto de 1863 con una misa en la catedral de Saint Rombaut. Mañé, agitado su espíritu por una emoción indescriptible, se decía a sí mismo, «*la impiedad levanta osada la cabeza; el materialismo y la sed de goces lo invaden todo, corrompen todas las conciencias, y perturban todas las razones: ¿pero quién pone dique a ese desbordamiento del mal? ¿Venimos aquí a buscar otro Godofredo de Bouillon que nos conduzca a una nueva cruzada? ¿Cuales serán nuestras armas?*».¹⁴ Tras la misa, celebrada según el rito romano, los miembros del Congreso, más de tres mil, precedidos por el cardenal-arzobispo de Malinas, el cardenal Wiseman, el arzobispo de Westminster, el patriarca de Jerusalén, Monseñor Ledochowski, nuncio apostólico, y los obispos de Turnai, de Namur, de Gante, entre otros, marcharon en cortejo al Petit Seminaire donde se desarrollaron las sesiones. En esta primera reseña Mañé

¹¹ BAS, «La Asamblea de los Católicos...».

¹² *La Cruz, Revista religiosa de España y demás países católicos* (19/VII/1863), pág. 181 y sig.

¹³ Juan MAÑÉ I FLAQUER, «Correspondencias... Bruselas 18 de agosto».

¹⁴ Juan MAÑÉ I FLAQUER, «Correspondencias... Malinas 18 de agosto», *Diario de Barcelona* (25/VIII/1863), pág. 7684-7687.

recoge con cierta amplitud el discurso del presidente de la asamblea, el barón de Gerlache, y da cuenta de la alocución del cardenal Monseñor Sterckx, sobre la tolerancia en las discusiones, además destaca la lectura de una nota de Su Santidad por el cual «*aprueba el objeto del Congreso y da a todos los que a él asistan su bendición apostólica*», y de una comunicación de los alumnos de la Universidad de Lovaina por la que se «*unen a sus hermanos venidos del extranjero para trabajar con ellos en la consolidación y triunfo de los principios de Fe y Libertad*».

Tras esta primera sesión escribe Mañé, «*hoy, señor Director, ha sido un día de triunfo para nosotros, que nos paga con usura los sinsabores de nuestras tareas diarias. Hoy he asistido a la consagración solemne de nuestros principios: la alianza del Catolicismo y la Libertad. Y si nuestra satisfacción debe ser hoy inmensa, no lo serán menos los resultados de este día memorable, que justifica nuestras esperanzas y debe comunicar nuevos bríos a nuestros esfuerzos*».¹⁵

Desarrollo del Congreso

En correspondencias sucesivas Mañé informa de la organización de la asamblea. Ya en la primera sesión se había elegido a los miembros de la mesa, cuya presidencia honorífica recayó en el cardenal arzobispo de Malinas Monseñor Sterckx y, de forma efectiva, en el barón de Gerlache; como secretario, y verdadera alma del Congreso, actuó E. Ducpetiaux, inspector general honorario de los establecimientos de beneficencia y penitenciarios. También en la primera sesión se habían constituido las secciones de trabajo, cinco, de las que ya había dado noticia Ángel Bas, de obras religiosas, de obras de caridad, de instrucción y educación cristianas, de arte cristiano, y de libertad religiosa, publicaciones, asociaciones y correspondencia internacional, con un amplio programa cada una de ellas.

Las secciones del Congreso, informa Mañé en correspondencia de 19 de agosto, empiezan cada día sus trabajos a las diez de la mañana y terminan a la una de la tarde; la sesión general empieza a las tres y dura hasta las cinco y media en que se abre la pública, para terminar a las ocho y media. En las secciones se debaten los temas, según el programa a desarrollar; la

¹⁵ Juan MAÑÉ I FLAQUER, «Correspondencias... Malinas 18 de agosto».

lectura de los dictámenes ocupa la sesión general; en las sesiones públicas se pronuncian discursos sobre temas generales relativos al objeto de la reunión.

Como deferencia a los representantes de países extranjeros se nombraron vicepresidentes de honor, cuya nómina recoge Mañé en correspondencia de 21 de agosto. Así se confirió status de representación a Francia, Inglaterra e Irlanda, Alemania, España, Suiza, Holanda, el Gran Ducado de Luxemburgo, Polonia, Portugal, los Estados Pontificios, Italia, Chile y Méjico, si bien los asistentes lo fueron a título individual excepto, quizás, en el caso de Chile, representado por su ministro plenipotenciario. Sin ostentar esta representatividad sabemos que también asistió a las sesiones del Congreso el obispo de australianos de Adelaida, Monseñor Geohegan y el arzobispo armenio de Jerusalén. La representación francesa es la más familiar a los lectores del *Diario de Barcelona*, ya que está formada en buena parte por la redacción de *Le Correspondant*, el conde de Montalembert, Augustin Cochin, el príncipe Albert de Broglie, Leopoldo de Gaillard, el vizconde de Melun y otros. En representación de España fueron nombrados vicepresidentes de honor Ricardo Aparisi y Guijarro, de Madrid, y Juan Mañé y Flaquer, redactor del *Diario de Barcelona*.

De las reuniones de las secciones da cuenta Mañé de una de la quinta, en la que se discutía de la necesidad de crear un periódico a la altura de los mejores de Europa para defender la causa católica; no se trataba de lanzar un periódico religioso, sino generalista de ideario católico, capaz de competir y contrarrestar los efectos de la prensa antirreligiosa, y añade, «*así lo comprendió hace mucho tiempo el Diario de Barcelona, y por esto sigue un camino distinto exponiéndose al desagrado ‘de personas sobrado timoratas y poco conocedoras de las exigencias de nuestra época. Cuando el error cambia de sitio y emplea nuevas armas, es necesario seguirle en el terreno que elija y combatirle con las armas que esgrima’, decía nuestro Balmes. Lo que importa es llevar en todas nuestras obras un buen fin y un espíritu verdaderamente cristiano*».¹⁶

Con ser importantes los trabajos de las secciones y sus resoluciones, significativamente la relativa a la santificación del domingo y las que hacen referencia a la enseñanza y al derecho de asociación, no tuvieron más que

¹⁶ Juan MAÑÉ I FLAQUER, «Correspondencias... Malinas 19 de agosto», *Diario de Barcelona* (27/VIII/1863), pág. 7748-7750.

una importancia secundaria en el devenir del congreso. Todo el interés se concentró en las sesiones públicas, pues el Congreso contaba con un buen número de oradores ilustres, el barón de Gerlache, Mr. Deschamps, el cardenal Wiseman, Mr. Cochin y por encima de todos ellos el conde de Montalembert.

Los discursos

De aquella primera sesión de 18 de agosto hasta la clausura del congreso el 22 de agosto, un total de nueve sesiones, entre generales y públicas, tuvieron lugar en las salas del Petit Seminaire, aparte de los trabajos preparatorios de las diferentes secciones. En las generales, pero sobre todo en las públicas, se pronunciaron diferentes discursos, que con las resoluciones adoptadas, forman el corpus del congreso.¹⁷

Una idea recurrente forma parte de todos ellos: la unión del catolicismo y la libertad, el catolicismo, en palabras del barón de Gerlache, porque es la condición necesaria de la civilización, la libertad porque Dios la quiere, porque creó al hombre libre. Y esta libertad se afirma frente a los enemigos del catolicismo, los que hoy en día se arrojan el nombre *liberales*, que no son más que *volterianos* con nuevo aspecto, porque el verdadero liberal es incontestablemente el católico que ama la justicia y la libertad.¹⁸

Otro de los discursos que reseña Mañé es el del conde Scherer, presidente del *Pius Verein* de Suiza, que desde 1854 venía organizando asambleas de católicos, «*para que nuestra familia (católica) ocupe en el concierto de las naciones, en los gabinetes de los príncipes, en las asambleas parlamentarias, en las ciencias y en las artes, en la prensa, en fin, en la opinión pública, el rango que le corresponde, es preciso que se agite, que trabaje, que se ponga en movimiento, que conservándose virilmente a la cabeza de nuestro siglo, impregne a todos los pueblos del mundo del grande y admirable espíritu católico.*»¹⁹

La tensión entre el antiguo régimen y la civilización moderna la aprecia Mañé en los discursos del caballero Alberi y del abogado Casoni,

¹⁷ *Assemblée générale des catholiques en Belgique. Première session à Malines, 18-22 août 1863*, Bruselles, 1864, 2 vol.

¹⁸ Juan MAÑÉ I FLAQUER, «Correspondencias... Malinas 18 de agosto».

¹⁹ Juan MAÑÉ I FLAQUER, «Correspondencias... Malinas 19 de agosto», *Diario de Barcelona* (28/VIII/1863), pág. 7781-7783.

italianos, sobre la situación de la Iglesia católica y sobre el estado del catolicismo en Italia respectivamente; sobre las persecuciones del clero en Italia habló Monseñor Nardi, auditor de la Rota.²⁰

Particularmente notable le parece a Mañé el discurso de Guillermo Verspeyen, muy aplaudido por el elemento joven de la asamblea, sobre el dinero de San Pedro, en el que denuncia la lucha que mantienen los católicos belgas contra la irreligión, en especial contra la franc-masonería.²¹

Sobre progresos materiales de la época versó el discurso de Augustin Cochin. Remarca Mañé que hablara a favor de la conservación de las nacionalidades y que se quejara del tono excesivamente melancólico de la generalidad de los discursos.²² El discurso del cardenal Wiseman tuvo por objeto tratar de los notables progresos del catolicismo en Gran Bretaña, destacando las ventajas de las instituciones libres para la propagación de la verdad.²³

La cuestión de fondo que subyace en todos los discursos es el papel del catolicismo en los regímenes liberales, oscilante entre su no-aceptación o la convivencia necesariamente conflictiva con las fuerzas que los construían; y siempre con el horizonte de la política de la Santa Sede, escasamente proclive al principio de libertad. En realidad este es el gran tema que tiene planteado la Iglesia, el de su inserción en la sociedad nacida de la revolución, y el que aborda el conde de Montalembert en toda su extensión y profundidad en su discurso leído en las sesiones públicas de 20 y 21 de agosto.

La Iglesia libre en el Estado libre

El conde de Montalembert, tras alguna vacilación, prometió su asistencia al Congreso y tomar la palabra, con la intención declarada de hacer en público su «testamento político».²⁴

²⁰ Juan MAÑÉ I FLAQUER, «Correspondencias... Malinas 20 de agosto», *Diario de Barcelona* (29/VIII/1863), pág. 7813-7815.

²¹ Juan MAÑÉ I FLAQUER, «Correspondencias... Malinas 19 de agosto y 20 de agosto», *Diario de Barcelona* (28 y 29/VIII/1863), pág. 7781-7783 y 7813-7815.

²² Juan MAÑÉ I FLAQUER, «Correspondencias... Malinas 21 de agosto», *Diario de Barcelona* (31/VIII/1863), pág. 7883-7885.

²³ Juan MAÑÉ I FLAQUER, «Correspondencias... Malinas 21 de agosto».

²⁴ LECANUET, *Montalembert. L'Église...*, pág. 348.

Mañé, en correspondencia de 19 de agosto, traslada al lector la expectación creada en la asamblea en torno a la participación del conde, y como conocedor de su trayectoria política e intelectual escribe, «[...] *este Congreso es la sanción, el triunfo de las ideas sostenidas con tanta perseverancia como talento por el noble conde, desde sus primeros pasos en la carrera política; es el fruto que da la semilla sembrada por él y por el P. Lacordaire, ese heroico mártir de la Fe y de la Libertad*».

A la primera intervención del orador, 20 de agosto, dedica Mañé toda una correspondencia, fechada en 21,²⁵ dedicada a glosar su discurso, *La Iglesia libre dentro del Estado libre*; éste, escribe, refleja el espíritu de los principales y es el principio consignado en la constitución belga, en opinión del conde de Montalembert, la más liberal de Europa: «*lo que nosotros (franceses) formulamos, Bélgica lo ha realizado*».

De la totalidad del discurso, verdadera pieza maestra, el gran manifiesto de los católicos liberales en el pontificado de Pío IX, y en cuanto tal protagonista en buena parte del segundo «coup d'arrêt» de la Santa Sede, no ofrece Mañé a los lectores más que el exordio, lamentándose de no poder extractarlo dada su solidez, «*la mano de la persona más indiferente, con tal de que tuviera gusto literario, temblaría al mutilarlo. La mía se resiste a tamaña profanación*».

Desde las primeras palabras entra el orador con vehemencia en su objeto: «*la vida pública, ese glorioso patrimonio de las naciones adultas, ese régimen de libertad y responsabilidad (self-reliance and self-control), es lo que más falta hace a los católicos modernos fuera de Bélgica. Son superiores en la vida privada, pero sucumben en la vida pública*», y ello «[...] *porque aún no han aceptado la gran revolución que creó la sociedad nueva, la vida moderna de los pueblos; [...] los hay en buen número, sin que de ello se aperciban, que pertenecen al Antiguo Régimen, [...] al régimen que no admitía ni la igualdad civil, ni la libertad política, ni la libertad de conciencia. [...] El Antiguo Régimen tenía algo de grande y bello; no vengo a juzgarlo y menos aún a condenarlo. Me basta reconocerle un defecto, uno sólo, pero capital: ha muerto, y no resucitará jamás en ninguna parte*'. »

²⁵ Juan MAÑÉ I FLAQUER, «Correspondencias... Malinas 21 de agosto», *Diario de Barcelona* (31/VIII/1863), pág. 7849-7851.

Por otro lado, «[...] *la sociedad nueva, la democracia, existe [...] En una mitad de la Europa es soberana, mañana lo será en la otra mitad*».

«*Siendo esto así*», continúa el conde de Montalembert, «*voy al fondo de las cosas, y propongo atrevidamente esta fórmula: en el orden antiguo los católicos nada tienen que echar de menos; en el orden nuevo, nada que temer*».

Mañé acaba la transcripción del discurso cuando el orador continúa definiendo lo que entiende por democracia y por libertad. Aquella la entiende liberal, por oposición a la democracia igualitaria; por libertad, en singular, la entiende toda entera, la libertad moderna, la libertad democrática fundada en el derecho común y la igualdad, y regulada por la razón y la justicia.

Abundando en estas ideas el orador pasa a argumentar sobre los que considera son los enemigos de la democracia liberal, el absolutismo, la centralización y la demagogia, enemigos que también encuentra la Iglesia en su camino, y a «apropiarse», en católico, y en expresión de Monseñor Dupanloup, de las libertades modernas: «*Ces libertés si chères à ceux qui nous accusent de ne pas les aimer, nous les proclamons, nous les invoquons pour nous comme pour les autres [...] Nous acceptons, nous invoquons les principes et les libertés proclamés en 1789 [...]. Vous avez fait la révolution sans nous et contre nous, mais pour nous, Dieu le voulant ainsi malgré vous.*»²⁶

El conde de Montalembert termina su primer discurso llevando su auditorio al pie de la columna conmemorativa de la constitución belga para glosar las libertades en ella consagradas: de enseñanza, de asociación, de prensa y de cultos, o de conciencia; la de esta última ocupará todo su segundo discurso de la sesión pública de 21 de agosto.

Este segundo discurso no lo reseña Mañé con la amplitud del primero, en realidad sólo apunta su lectura en una correspondencia fechada en 22 de agosto,²⁷ la última, en la que resume la sesión general de 21 de agosto, con el discurso del diputado por Lovaina Mr. Scholaert sobre la

²⁶ Ch. MONTALEMBERT, «L'Église libre dans l'Etat libre. Première discours», *Le Correspondant* (août 1863), pág. 563-591; «Deuxième discours», *Le Correspondant* (setembre 1863), pág. 5-34.

²⁷ Juan MAÑÉ I FLAQUER, «Correspondencias... Malinas 22 de agosto», *Diario de Barcelona* (2/IX/1863), pág. 7941-7943.

Iglesia y el espíritu moderno, y la sesión del día 22, de clausura. Esta se desarrolló en la capilla del Petit Seminaire, en la que se leyó un telegrama del cardenal Antonelli por el que el Papa agradecía a la asamblea la felicitación que se le dirigiera en la primera sesión y enviaba su bendición apostólica, y en la catedral de Saint Rombaut, donde hablaron el P. Dirckx, en flamenco, y el abate Mermillot, de Ginebra. «*Después*», continúa Mañé, «*parte de los concurrentes se han trasladado al Petit Seminaire, donde se da el banquete de despedida; y yo, ganoso de aprovechar el tiempo, tomo el tren que sale para Amberes*».

Durante la lectura del segundo discurso del conde de Montalembert, cuando el orador recordó la expulsión de las Hermanas de la Caridad en Portugal, un personaje del público se levantó para protestar «*no, no es el pueblo portugués quien las arrojó; son las sociedades secretas: el pueblo portugués es católico, quiere ser católico...*». La anécdota que traslada Mañé, recogida en diversas reproducciones de los discursos, le sirve para apuntar una de las ideas centrales de este segundo, «*la necesidad*», dice Mañé, «*de que la Iglesia se desprendiera de la protección del poder civil, porque es una protección que a la tarda o a la larga se convierte en exigente tutela*».

La suerte de los discursos es conocida; si desde el punto de vista teológico el primero resultaba inocuo, el segundo podía interpretarse en discordancia con las tradiciones de la Iglesia. Ya en las salas del Petit Seminaire, frías reacciones del cardenal Wiseman o del nuncio apostólico Monseñor Ledochowski, poco más tarde, presiones ante la Santa Sede para conseguir la condena de los mismos, campaña llevada a cabo por Monseñor Pie, arzobispo de Poitiers, y cabeza visible del catolicismo retrógrado o ultramontano, y a pesar de las cautelas desplegadas por el orador situado siempre en el terreno de los hechos, en historiador, no en teólogo. De poco sirvieron las felicitaciones al orador, tanto del elemento clerical, significativamente la del arzobispo de Malinas, como del elemento intelectual laico, Guizot o Tocqueville; tampoco sirvieron la nota dirigida por el conde de Montalembert al *Journal de Bruxelles* o la «*Note explicative sur la formule 'l'Eglise libre dans l'Etat libre'*» publicada en *Le Correspondant*, o la enérgica defensa desplegada por el obispo de Orleans, Monseñor Dupanloup, en Roma. En el mes de marzo de 1864 le fue

dirigida una carta de censura firmada por el cardenal Antonelli.²⁸ A finales de 1864, y después de celebrado un segundo Congreso católico en Malinas, en la encíclica *Quanta Cura* y el *Syllabus*, de condena de los errores del liberalismo, se quiso ver, también en este caso por la prensa neocatólica, la condena formal de los discursos del conde de Montalembert.²⁹

A modo de conclusión

En la última correspondencia enviada desde Malinas anunciaba Mañé unas consideraciones sobre el congreso belga de católicos. De vuelta en Barcelona las publica en el *Diario* de 8 de septiembre en el artículo «El Congreso de Malinas»,³⁰ que empieza con una implicación personal, «*liberales por tradición de familia, por temperamento y por convicción; católicos por educación, por gratitud y por sentimiento*», su propia identificación con lo que ha sido la esencia del Congreso, en sus palabras, «*un panegírico del catolicismo y un himno a la libertad*».

Pero no del catolicismo, continúa, «*como instrumento de pasiones humanas; no de una religión que arma el brazo del hermano contra el hermano...*». Tampoco la libertad que se ensalzó en Malinas «*fue la libertad ruidosa, callejera, levantisca, perturbadora...*», es decir, en clave política e interna, ni el catolicismo de los neocatólicos, próximo al carlismo y que acabaría integrándose en él, ni el liberalismo racionalista, que acaba en bullanga, sino la posición «centrista» que ocupa Mañé y el *Diario de Barcelona* en su proyección pública, que no es otra cosa que un conservadurismo.

Un conservadurismo que se manifiesta en la desconfianza en la sociedad liberal, en sentido moral, y la defensa del catolicismo, como aglutinador y medio de control sociales, que Mañé despliega al argumentar que se fue a Malinas a buscar soluciones católicas a los grandes problemas sociales de la época, pero un conservadurismo, y de ahí su modernidad, liberal, que tiene su valor fundamental en la defensa del derecho de

²⁸ LECANUET, *Montalembert. L'Église...*, pág. 357 y sig.

²⁹ «Carta de Mañé a Montalembert de 15 de enero de 1865», citada por R. AUBERT, «Quelques documents relatifs aux reactions espagnoles au Syllabus», en *Spanische Forschungen Görresgesellschaft*, 19 Band, Münster Westfalen, 1962, pág. 294.

³⁰ Juan MAÑÉ I FLAQUER, «El Congreso de Malinas»...

propiedad, así, apelando al conde de Montalembert se pregunta «¿Quién llegará a consolidar, a restablecer en la conciencia de las masas, esa noción de propiedad que recibió ya tan rudos ataques y que está amenazada aun por peligros más graves [...] sino la Iglesia católica [...] cuya expoliación inexcusable fue el prelude de todos los atentados cometidos a nombre del Estado contra el derecho privado, y que justificó anticipadamente los argumentos del comunismo y del socialismo modernos?»

Pero no concluye como el conde de Montalembert que reivindica para la Iglesia la libertad de derecho común, o lo que es lo mismo, la separación entre Iglesia y Estado; Mañé reivindica la libertad de derecho común no para la Iglesia sino de la Iglesia, para que la religión católica, «único remedio a tantos males», pueda obrar en la plenitud de su poder, es decir, que en las relaciones con la sociedad se someta al derecho común, que no apele a su situación privilegiada en un Estado confesional, cuyo status no cuestiona en absoluto.

El espíritu liberal de la asamblea, abstracción hecha de la participación del conde de Montalembert, manifestado en los discursos y en las resoluciones adoptadas, chocó enseguida con la censura de la Santa Sede. El 21 de diciembre de 1863, el Papa escribía al arzobispo de Munich una carta en la que manifestaba su sorpresa «extraordinaria» por la convocatoria de estas asambleas, y censuraba de manera formal y absoluta la audacia de aquellos católicos que se habían dejado llevar por una «libertad engañosa y muy poco sincera», insistiendo en la necesidad de no limitar a los artículos de la fe la obediencia debida al jefe de la Iglesia.³¹ Lo que se entiende desde una «política» concebida por Pío IX desde su exilio de Gaeta en una doble dirección, de exaltación dogmática y de condena de los «errores» modernos.

En 1864 se celebró el segundo Congreso de católicos en Malinas al que ya no asistió el conde de Montalembert, sí Mañé, que continuó enviando sus correspondencias. Meses más tarde, en diciembre, se publicó la Encíclica *Quanta Cura* acompañada del *Syllabus* de errores, que tocaba en cinco puntos a los católicos liberales.

³¹ G. DE MOLINARI, «Les Congrès Catholiques», *Revue des deux Mondes* (setembre 1875), pág. 421.

Habría que esperar al pontificado de León XIII para que la Iglesia empezara a reconciliarse con la nueva sociedad, *le ralliement*. También habría que esperar hasta las *Cartas provinciales* para conocer la posición más madura de Mañé sobre papel de la religión católica en el marco del Estado.